Notas de Elena G. de White

Lección 9
26 de Noviembre de 2011

Apelación pastoral de Pablo

Sábado 19 de noviembre

Así se les enseñaron a los gálatas las verdades fundamentales concernientes a "Dios el Padre", y "a nuestro Señor Jesucristo, el cual se dio a sí mismo por nuestros pecados para librarnos de este presente siglo malo, conforme a la voluntad de Dios y Padre nuestro". "Por el oír de la fe", recibieron el Espíritu de Dios, y llegaron a ser "hijos de Dios por la fe en Cristo".

Pablo vivió de tal manera entre los gálatas que pudo decir más tarde: "Os ruego, sed como yo" (Gálatas 4:12). Sus labios habían sido tocados con un carbón encendido del altar, y fue habilitado para sobreponerse a las debilidades corporales y presentar a Jesús como la única esperanza del pecador. Los que lo oían sabían que había estado con Jesús. Dotado de poder de lo alto, era capaz de comparar lo espiritual con lo espiritual, y de derribar las fortalezas de Satanás. Los corazones eran quebrantados por la presentación del amor de Dios, como estaba revelado en el sacrificio de su Hijo unigénito, y muchos eran inducidos a preguntar: ¿Qué debo hacer para ser salvo?

Este método de presentar el evangelio caracterizaba las labores del apóstol en el curso de todo su ministerio entre los gentiles. Siempre conservaba ante ellos la cruz del Calvario. "No nos predicamos a nosotros mismos —declaró en los últimos años de su vida— sino a Jesucristo, el Señor; y nosotros vuestros siervos por Jesús. Porque Dios, que mandó que de las tinieblas resplandeciese la luz, es el que resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo" (2 Corintios 4:5, 6).

Los consagrados mensajeros que en los primeros días del cristianismo llevaron a un mundo moribundo las alegres nuevas de la salvación, no permitían que ningún pensamiento de exaltación propia echara a perder su presentación de Cristo, el crucificado. No codiciaban ninguna autoridad ni preeminencia. Escondiéndose en el Salvador, exaltaban el gran plan de la salvación, y la vida de Cristo, el autor y consumador de este plan. Cristo, el mismo ayer, hoy, y para siempre, era la nota tónica de su enseñanza (***Los hechos de los apóstoles*, pp. 169, 170**).

Domingo 20 de noviembre:
El corazón de Pablo

La vida religiosa de gran número de maestros que profesan el cristianismo es tal, que demuestra que no son cristianos. Están constantemente representando falsamente a Cristo. Tienen una religión sujeta a las circunstancias y controlada por ellas. Si todo va en el sentido que les agrade, si no hay circunstancias irritantes que hacen resaltar su naturaleza no subyugada ni cristiana, son condescendientes, placenteros y muy atrayentes. Pero la verdad no ha de ser practicada solamente cuando nos sentimos inclinados a ello, sino en todo momento y lugar. El Señor no quiere ser servido por los impulsos apresurados del hombre, por sus caprichosas realizaciones. Si cuando ocurren en la familia o en el trato con otros, cosas que turban la paz y provocan el genio, los maestros querrán presentarlo todo a Dios, pidiendo su gracia antes de dedicarse a sus trabajos diarios; si quieren conocer por sí mismos que el amor, el poder y la gracia de Dios están en su propio corazón, los ángeles de Dios entrarán con ellos en el aula...

En ningún caso han de perder los maestros el dominio propio, manifestar impaciencia y dureza, y falta de simpatía y amor. Los que son naturalmente nerviosos, que fácilmente se sienten provocados a ira, y que han practicado la costumbre de criticar y pensar mal de los demás, deben hallar alguna otra clase de trabajo, para que sus desagradables rasgos de carácter no se reproduzcan en los niños y jóvenes. En lugar de ser aptos para enseñar a los niños, los tales maestros necesitan que alguien les enseñe las lecciones de Jesucristo (***Consejos para los maestros*, pp. 187, 188**).

Mientras es verdad que todo el mundo está bajo el cuidado de Dios y los ángeles son comisionados a realizar su labor en todas partes, su iglesia es el especial objeto de su amor y cuidado. En ella experimenta su amor y misericordia para atraer a las almas a sí mismo. Mediante la gracia de Cristo se produce una transformación asombrosa en los corazones corruptos; una transformación en los caracteres de los pecadores que es un milagro más grande que el que puede producirse en sus cuerpos. Muere la vieja naturaleza carnal y aparece la nueva criatura que se asemeja a Cristo. Los ángeles se regocijan al ver esa poderosa obra y comprenden que en esta tierra maldita por el pecado, Cristo tiene sus escuelas de entrenamiento donde recibe a los hijos de la ira y de las tinieblas, y los transforma por su gracia, para que voluntariamente se sienten a sus pies para aprender de él; aprender a llegar a ser colaboradores con Dios; aprender a llevar su yugo y cargar su ligera carga; aprender a identificar sus intereses con los intereses y deleites del cielo. Cristo quiere tener un ejército bien disciplinado y entrenado de soldados, en quienes pueda depositar sus bienes y confiar sus talentos para que puedan trabajar con ellos y multiplicarlos. Y al fin él les dirá: "Bien, buen siervo y fiel... entra en el gozo de tu señor" (Mateo 25:21, 23) (***Review and Herald*, 19 de diciembre, 1893**).

Lunes 21 de noviembre: El desafío de llegar a ser

Substituir la santidad del corazón y la vida por las formas exteriores de la religión, es tan agradable para la naturaleza no renovada hoy como en los días de esos maestros judíos. Hoy, como entonces, hay falsos guías espirituales, a cuyas doctrinas muchos prestan atención ansiosamente. El esfuerzo premeditado de Satanás procura apartar las mentes de la esperanza de salvación mediante la fe en Cristo y la obediencia a la ley de Dios. En toda época el gran enemigo adapta sus tentaciones a los prejuicios e inclinaciones de aquellos a quienes trata de engañar. En los tiempos apostólicos inducía a los judíos a exaltar la ley ceremonial y a rechazar a Cristo; y actualmente induce a muchos profesos cristianos, con el pretexto de honrar a Cristo, a menospreciar la ley moral y a enseñar que sus preceptos pueden ser transgredidos impunemente. Es el deber de todo siervo de Dios resis-

tir firmemente a estos pervertidores de la fe y, por la palabra de verdad, exponer denodadamente sus errores (***Los hechos de los apóstoles*, p. 310**).

Pero Israel no había percibido la espiritualidad de la ley, y demasiadas veces su obediencia profesa era tan solo una sumisión a ritos y ceremonias, más bien que una entrega del corazón a la soberanía del amor. Cuando en su carácter y obra Jesús representó ante los hombres los atributos santos, benévolos y paternales de Dios y les hizo ver cuán inútil era la mera obediencia minuciosa a las ceremonias, los dirigentes judíos no recibieron ni comprendieron sus palabras. Creyeron que no recalcaba lo suficiente los requerimientos de la ley; y cuando les presentó las mismas verdades que eran la esencia del servicio que Dios les asignara, ellos, que miraban solamente a lo exterior, lo acusaron de querer derrocar la ley (***El discurso maestro de Jesucristo*, p. 44**).

Se promete el perdón de los pecados al que se arrepiente y cree; la corona de vida será el galardón del que es fiel hasta el fin. Podemos crecer en la gracia desarrollándonos por medio de la gracia que ya tenemos. Debemos mantenernos sin mancha del mundo si hemos de ser hallados sin culpa en el día de Dios. La fe y las obras van de la mano; actúan armoniosamente en la empresa de alcanzar la victoria. Las obras sin fe son muertas, y la fe sin obras es muerta. Las obras jamás van a salvarnos; son los méritos de Cristo los que contarán en nuestro favor. Mediante la fe en él, Cristo hará que todos nuestros imperfectos esfuerzos sean aceptables para Dios. La fe que se requiere que tengamos no es una fe de no hacer nada; fe salvadora es la que obra por amor y purifica el alma. El que eleve a Dios manos santas sin ira ni duda, caminará inteligentemente en la senda de los mandamientos de Dios (***Fe y obras*, pp. 48, 49**).

Nadie adopte la posición limitada y estrecha de que algunas de las obras del hombre pueden ayudar en lo más ínfimo a liquidar la deuda de su transgresión. Este es un engaño fatal. Si deseáis entender esto, debéis cesar de rumiar vuestras ideas favoritas, y estudiar la expiación con corazón humilde.

Este tema se comprende en forma tan confusa, que miles y más miles que pretenden ser hijos de Dios son hijos del maligno, porque quieren depender de sus propias obras. Dios siempre demanda buenas

obras, la ley las demanda; pero como el hombre entró en pecado, donde sus obras no tenían valor, solo puede valer la justicia de Cristo. Cristo puede salvar hasta lo sumo porque siempre vive para interceder por nosotros (***Comentario bíblico adventista*, tomo 7 A, p. 293**).

Martes 22 de noviembre: Yo me hice como vosotros

"Me he hecho a los judíos como judío, para ganar a los judíos; a los que están sujetos a la ley (aunque yo no esté sujeto a la ley) como sujeto a la ley, para ganar a los que están sujetos a la ley; a los que están sin ley, como si yo estuviera sin ley (no estando yo sin ley de Dios, sino bajo la ley de Cristo), para ganar a los que están sin ley. Me he hecho débil a los débiles, para ganar a los débiles; a todos me he hecho de todo, para que de todos modos salve a algunos. Y esto hago por causa del evangelio, para hacerme copartícipe de él" (1 Corintios 9:20-23). Sabemos que el apóstol no sacrificaba los principios en lo más mínimo. No dejaba que lo descarriaran los sofismas y axiomas de los hombres. No debía coincidir con las suposiciones y afirmaciones de hombres que enseñaban como doctrina mandamientos de hombres. Debido a que aumentaban y prosperaban la iniquidad y la transgresión, no permitía que se enfriara su amor. Deben conservarse todo el celo y fervor, pero al mismo tiempo algunas características de nuestra fe, si se las expresara inmediatamente despertarían prejuicios debido a los elementos con quienes tenéis que tratar.

Pablo podía ser tan celoso como cualquiera de los más celosos en su lealtad a la ley de Dios, y mostrar que estaba perfectamente familiarizado con las Escrituras del Antiguo Testamento. Podía ocuparse ampliamente de los símbolos y las sombras que representaban a Cristo; podía ensalzar a Cristo y decir todo lo que hay acerca de él y su obra especial en favor de la humanidad; ¡y qué campo tenía para explorar! Podía impartir la más preciosa luz sobre las profecías que ellos no habían visto, y sin embargo no los ofendería. De ese modo se puso muy bien el fundamento para que cuando llegara el tiempo en que se calmaran los espíritus de ellos, pudiera decir en el lenguaje de Juan: He aquí en Jesucristo, que se hizo carne y habitó entre nosotros, el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo.

Predicaba a Cristo ante los gentiles como su única esperanza de salvación, pero al principio no tenía nada que decir en cuanto a la ley. Pero después de que sus corazones fueran conmovidos con la presentación de Cristo como la dádiva de Dios para nuestro mundo, y lo que está comprendido en la obra del Redentor y en el costoso sacrificio para manifestar el amor de Dios al hombre, con la más elocuente sencillez mostraba ese amor por toda la humanidad —judíos y gentiles— para que pudieran ser salvados entregando su corazón a Cristo. Entonces, cuando enternecidos y subyugados se entregaban al Señor, presentaba la ley de Dios como la prueba de la obediencia de ellos.

Conducía a los gentiles para que comprendieran las estupendas verdades del amor de Dios, quien no escatimó a su propio Hijo sino lo entregó por nosotros, ¿y cómo no nos dará con él gratuitamente todas las cosas? Se hacían la pregunta de por qué se necesitó un sacrificio tan inmenso, y entonces volvía a los símbolos y a todas las Escrituras del Antiguo Testamento, que revelan a Cristo en la ley, y se convertían a Cristo y a la ley (***Comentario bíblico adventista*, tomo 6, pp. 1088, 1089**).

Miércoles 23 de noviembre: Entonces y ahora

Cuando oramos pidiendo bendiciones temporales, debemos recordar que el Señor puede considerar que no es lo mejor conceder lo que hemos pedido, porque no es para nuestro bien ni para manifestar su gloria; en cambio responderá dándonos lo que es mejor para nosotros.

Cuando Pablo oró pidiendo que el aguijón en su carne le fuera quitado, el Señor respondió, no quitándole el aguijón sino dándole gracia para soportarlo. "Bástate mi gracia", —le dijo. Y Pablo aceptó la respuesta, regocijándose en sus debilidades, para que reposara sobre él el poder de Cristo. Cuando los enfermos oran para recobrar su salud, el Señor no siempre responderá su oración en la forma en que ellos lo desean. Pero aunque no sean sanados inmediatamente, él les brindará aquello que es mucho más valioso: gracia para soportar su enfermedad. (***Signs of the Times*, 18 de noviembre, 1903**).

Las pruebas y tentaciones pueden sobrevenir, pero el hijo de Dios, sea un miembro de iglesia o un ministro, sabe que Jesús es su ayudador. Aunque nos veamos débiles y desesperados, si nos asimos de Dios por la fe, todas las fuerzas del cielo vendrán en nuestra ayuda y las huestes del infierno no tendrán poder para separarnos del camino correcto. La tentación no es pecado; el pecado es ceder a la tentación. "Tened por sumo gozo —dice Santiago— cuando os halléis en diversas pruebas, sabiendo que la prueba de vuestra fe produce paciencia. Mas tenga la paciencia su obra completa, para que seáis perfectos y cabales, sin que os falte cosa alguna" (Santiago 1:2-4). Dios permite que seamos colocados en ciertas circunstancias para probarnos, a fin de perfeccionar nuestro amor y nuestra confianza en él. Al negarnos y sufrir con Cristo, crecemos en gracia y en el conocimiento de la verdad. Las pruebas son una evidencia de que somos hijos de Dios. Pablo soportó grandes pruebas pero no se desesperó como si su Padre Celestial se hubiera muerto; se regocijó en la tribulación porque deseaba participar de los sufrimientos de Cristo para ser conformado a su imagen. Dejemos que él mismo nos hable: "Por lo cual, por amor a Cristo me gozo en las debilidades, en afrentas, en necesidades, en persecuciones, en angustias; porque cuando soy débil, entonces soy fuerte" (2 Corintios 12:10) (***Gospel Workers*, edición 1892, pp. 441, 442**).

Una profunda tristeza llenaba el corazón y la mente de Pablo por sus preocupaciones con la iglesia en Corinto. Mientras estaba en Filipos, apesadumbrado por ellos, comenzó a escribirles su segunda carta. Pero su depresión de espíritu también tenía que ver con sus propias enfermedades corporales que lo angustiaban mientras no estaba en servicio activo. Sin embargo, cuando estaba trabajando por la salvación de las almas, se sobreponía a la debilidad física. Consideraba sus sufrimientos un terrible impedimento para su gran obra, y repetidamente le pidió al Señor que se los quitara. Dios no consideró oportuno responder a sus oraciones con respecto a esto, pero le dio la seguridad de que la gracia divina le sería suficiente para soportarlos (***Sketches From the Life of Paul*, pp. 175, 176**).

Jueves 24 de noviembre: Decir la verdad

Aprenda todo ministro a llevar los zapatos del evangelio. El que está calzado con el apresto del evangelio de paz, andará como Cristo anduvo. Podrá hablar palabras adecuadas, y hablarlas con amor. No tratará de introducir por la fuerza el mensaje de verdad. Tratará tiernamente con todo corazón, comprendiendo que el Espíritu impresionará la verdad en aquellos que son susceptibles a las impresiones divinas. Nunca será vehemente en sus maneras. Toda palabra hablada tendrá una influencia suavizadora y subyugante...

Al hablar palabras de reproche, pongamos toda la ternura que Cristo tuvo y todo el amor posible en la voz. Cuanto más elevada la posición de un ministro, tanto más circunspecto debe ser en palabras y hechos (***El evangelismo*, p. 131**).

En nuestros días, los que enseñan verdades impopulares, deben recibir poder de lo alto para combinarlo con su doctrina, o sus esfuerzos servirán de muy poco. Es un hecho triste que la preciosa gracia de la humildad es muy escasa, tanto entre los ministros como los miembros de la iglesia. Los que predican la verdad consideran que sus propias capacidades son muy elevadas. La verdadera humildad hace que el hombre exalte a Cristo y la verdad, y se dé cuenta de su absoluta dependencia del Dios de verdad. Es doloroso aprender lecciones de humildad, y sin embargo, al fin no hay nada que sea más beneficioso. El dolor que producen las lecciones de humildad se debe a que nos sentimos animados por una falsa medida de nuestra propia capacidad, de tal modo que no logramos ver nuestra gran necesidad. La vanidad y el orgullo llenan el corazón de los hombres. Únicamente la gracia de Dios puede obrar una reforma.

Es tarea suya... humillarse antes que Dios se vea en la necesidad de hacerlo él mismo. Hay veces que la mano de Dios cae pesadamente sobre los hombres para humillarlos y colocarlos en la posición correcta ante él; pero cuánto mejor es mantener diariamente el corazón humillado ante Dios. Podemos rebajarnos a nosotros mismos, o podemos elevarnos orgullosamente y esperar que Dios nos humille (***Exaltad a Jesús*, p. 276**).

En la obra de reforma que debe ejecutarse hoy, se necesitan hombres que, como Esdras y Nehemías, no reconocerán paliativos ni excusas para el pecado, ni rehuirán de vindicar el honor de Dios. Aquellos sobre quienes recae el peso de esta obra no callarán cuando vean que se obra mal ni cubrirán a éste con un manto de falsa caridad. Recordarán que Dios no hace acepción de personas y que la severidad hacia unos pocos puede resultar en misericordia para muchos. Recordarán también que el que reprende el mal debe revelar siempre el espíritu de Cristo (***Profetas y reyes*, p. 498**).

En la obra de ganar almas, se necesita mucho tacto y sabiduría. El Salvador no suprimió nunca la verdad, sino que la declaró siempre con amor. En su trato con los demás, él manifestaba el mayor tacto, y era siempre bondadoso y reflexivo. Nunca fue rudo, nunca dijo sin necesidad una palabra severa, nunca causó pena innecesaria a un alma sensible. No censuró la debilidad humana. Denunció sin reparos la hipocresía, incredulidad e iniquidad, pero había lágrimas en su voz cuando pronunciaba sus penetrantes reprensiones. Nunca hizo cruel la verdad, sino que manifestó siempre profunda ternura hacia la humanidad. Cada alma era preciosa a su vista. Se portaba con divina dignidad y se inclinaba con la más tierna compasión y consideración sobre cada miembro de la familia de Dios. En todos veía almas que era su misión salvar (***Obreros evangélicos*, p. 123**).

Material provisto por RECURSOS ESCUELA SABATICA ©
http://ar.groups.yahoo.com/group/Comentarios_EscuelaSabatica
http://groups.google.com.ar/group/escuela-sabatica?hl=es
Suscríbase para recibir gratuitamente recursos para la Escuela Sabática